

Santa Cecilia 1963

Se afirma que no hay enfermedades, sino enfermos. Lo mismo pasa con un determinado acontecimiento y genera tantos recuerdos como personas lo han vivido. La enfermedad se convierte en única porque se desarrolla sobre una biología determinada y sobre una personalidad diferente y así acontece con los recuerdos. Por eso aquella noticia, tras el concierto de Santa Cecilia, desató en mí todos los temores y todos los miedos.

El concierto de Santa Cecilia era el gran acontecimiento y la autoestima alcanzaba aquella noche su cúspide para todos aquellos que como yo no destacábamos ni en los deportes, ni en los estudios. Arropado por todos, en el anonimato del grupo, me sentía auténtico protagonista. No era lo mismo cantar en Semana Santa en el coro de la iglesia sin ser visto, que observado en todo momento por un público que se agolpaba en el doble concierto de Santa Cecilia, Atrás habían quedado aquellos interminables ensayos, algunos robados a las tardes de los sábados y por ese motivo no aparecías en la alineación del equipo de fútbol, te caías a última hora. Había que probar la túnica con el hermano Prieto, ensayar la entrada y salida de los cantantes, la posición correcta de la carpeta y comprobar y ordenar las partituras en el escenario del Paraninfo la víspera, en el ensayo general.

Vivir en la Cardosa, no era vivir en una atalaya privilegiada, la información de lo que acaecía fuera de ella no era precisamente muy prolija, sino que estaba mediatizada por las noticias que en la Gaceta del Norte o en el diario Ya se le señalaban al lector de turno para ser leídas durante las comidas. Un año antes en octubre había vivido con temor la crisis de los misiles. La flota americana esperaba bloqueando Cuba a la flota rusa que había puesto rumbo a la isla, tras haberse conocido que Fidel Castro había permitido la instalación de misiles rusos en territorio cubano capaces de alcanzar las costas norteamericanas. En aquel momento veía con claridad que una nueva guerra estaba a punto de estallar y los misiles con cabezas nucleares cruzarían los cielos comillese, estábamos en su trayectoria y nadie nos podía asegurar que alguno de ellos no impactaría en el seminario y con prioridad en el dormitorio de los gramáticos que volaba desprotegido encima del frontón.

Todo estaba avalado por los misterios de Fátima que el P.Teófanos nos solía recordar. El primero era la certeza de la existencia del infierno con toda su crudeza y la seguridad del fuego eterno que arde sin consumirse. El segundo, nuestra incapacidad por no haber logrado con nuestras oraciones los primeros sábados de mes convertir a Rusia al Sagrado Corazón y ahora el tercero, aún no desvelado, estaba a punto de cumplirse con toda seguridad, la guerra entre las dos grandes potencias, se había terminado la guerra fría.

Aquella noche habíamos cantado el Orfeo y Eurídice de Gluck y como obra principal Juana de Arco de A. Honegger que para mí era como poner banda sonora a la película de Dreyer que tanto me había impresionado y que aún es hoy una de mis preferidas. Ahora nos esperaba lo mejor, la cena especial para la Schola todos juntos y donde podíamos tener una relación, siempre prohibida, con retóricos, filósofos y teólogos. Antes de comenzar la cena Prieto supongo que nos felicitó, pues era mucho más generoso en las alabanzas tras las actuaciones que durante los ensayos y nos confirmó la noticia que había corrido por los pasillos camino del comedor, el asesinato de Kennedy, el presidente católico.

La cena se alargó, todo un privilegio para nosotros y llegué al dormitorio como cada año con las luces apagadas, pues los que no pertenecían a la Schola ya se habían acostado. Aquella noche en la penumbra de luces rojas, me costó conciliar el sueño y no precisamente por las emociones musicales, estaba a punto de estallar la tercera guerra mundial y nadie se había dado cuenta.

Pepe Prieto

27 de marzo 2012